Ramírez Garrido, José Domingo

Jesús ante la moral y el socialismo

México

1916

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DIVISION

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

ORIGINAL MATERIAL AS FILMED - EXISTING BIBLIOGRAPHIC RECORD

308
Z
Box 519 Ramírez Garrido, J D

Jesús ante la moral y el socialismo, por J. D. Ramírez Garrido ... Conferencia leida por su autor la noche del 15 de enero de 1916, en el extemplo de la Tercera Orden, local de la "Liga de Estudiantes de Yucatán." México, Imprenta francesa, 1916.

47 p., incl. front. 22½cm.

Presentation copy to srita. profa. Elena Torres, with the author's inscription and signature.

353781

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 10:1 IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB

DATE FILMED: 7-8-97 INITIALS: PB

TRACKING # : 25862

FILMED BY PRESERVATION RESOURCES, BETHLEHEM, PA.

— J. D. Ramírez Garrido. —

JESUS ANTE LA MORAL Y EL SOCIALISMO.

S. Aguilar Sarmiento.

A mi fina y culta amiga, Srita. Profa. Elena Torres, en cambio de la cruz de corales que sobre su pecho hacía dudar de la sinceridad de sus prédicas antireligiosas, dedícole este Jesús recrucificado.

Mérida Nov. 17/1917

J. D. Ramírez Garrido

JESÚS ANTE LA MORAL Y EL SOCIALISMO





JESÚS

ANTE LA MORAL Y EL SOCIALISMO

POR

J. D. RAMÍREZ GARRIDO

«NON NOVA, SED NOVE»

CONFERENCIA leída por su autor la noche del 15 de enero de 1916, en el extemplo de la Tercera Orden, local de la "Liga de Estudiantes de Yucatán."



MÉXICO

IMPRENTA FRANCESA.—JARDÍN CARLOS PACHECO NÚMEROS 1 Y 3

1916

PROEMIO

Cumplimos los estudiantes con un deber al iniciar en el local de nuestra "Liga" una serie de conferencias, cuyo objeto no es otro que el de procurar la ilustración popular. Y nos es grato y honroso el ofrecer hoy este folleto, que contiene la primera de dichas conferencias, la cual fue escrita por el ilustrado coronel don J. D. Ramírez Garrido.

No dudamos que su trabajo será bien acogido por los que, como él, se han libertado del yugo del fanatismo y pueden analizar fría y razonadamente las cuestiones sociales.

Procuraremos dar a conocer en forma de folletos las demás conferencias que en nuestro local tengan verificativo; es nuestro propósito y creemos con ello laborar por el bien de nuestra Patria.

A pesar de la censura de que seamos objeto por parte de algunos elementos retrógrados, no cederemos en nuestro empeño por acabar con errores y absurdos que hoy no son sino un tropiezo para el avance ascensional de la humanidad.

Estamos en el surco, y sembraremos a pesar de la borrasca.

La Junta Directiva Provisional de la
"LIGA DE ESTUDIANTES DE YUCATAN."

(Al gentil tribuno **Alfredo L. Palacios** le dedica este trabajo su amigo y admirador.)

Tócame, por galante designación de la "Liga de Estudiantes de Yucatán," iniciar con este modesto trabajo la serie de conferencias que tan entusiastas representantes de la juventud estudiosa han resuelto llevar a cabo. Mi tesis puede tener en este momento mayor interés, porque parece encajar entre las resoluciones acordadas hoy por el Congreso feminista.

Llegué, inclinado sobre algunos buenos y santos libros, al convencimiento de que Jesús ni había sido moralista ni socialista, y el resultado de esas noches de estudio y meditación es lo que voy a poner en conocimiento de quienes me hacen el honor de oirme, por lo que a cada paso veráseme echar mano de este o aquel autor, lo que espero no sea tomado como un vano alarde de erudición, sino como una prueba de honradez al citar textualmente los pensamientos que han germinado en otros cerebros antes que en el mío, y que, sin embargo, yo podría externar con diferentes palabras. El estudio tiene por base el enseñar y, por lo tanto, hago uso de un derecho perfectamente adquirido al traer en apoyo de mis ideas a los autores que me son familiares, a la vez que evito el incurrir en plagio. "Por otra parte, semejantes citas responden comúnmente, no sólo a la razón, sino al escrúpulo de dar un testimonio de autoridad

o rendir el homenaje de un pensamiento al autor del cual han sido tomadas" (1).

Vyperides, agotada la elocuencia ante el tribunal inflexible de los Heliastas y sabiendo que los jueces eran hombres, con gesto patético arranca la túnica de Friné y ante su belleza deslumbrante los jueces la absuelven; yo, contra la costumbre que ya ha hecho ley, presento a la Verdad arropada, no con los harapos de una mal entendida moral, ni con los andrajos de hipócritas palabras, sino con la regia púrpura de la documentación o con la áurea gasa de los hechos, para merecer de mis oyentes la absolución por la carencia de galas literarias.

Los errores de la Humanidad deben de combatirse en su base. De nadá sirve que los sacerdotes de tal o cual culto sean expulsados si se deja en pie a los ídolos. Yo aplaudo el gesto de las multitudes derribando al Cristo de las Ampollas, con el mismo entusiasmo que aplaudo las disertaciones de Volney contra las religiones y las elucubraciones de Diderot contra Dios, pues una y otra se completan, toda vez que el hecho de las multitudes no es más que el acto reflejo de las ideas vertidas: la encarnación de ellas.

Hechas estas digresiones a manera de exordio, entro en materia a estudiar la vida de Jesús y su obra bajo una forma que carecerá de completo desarrollo por estar encerrada en el estrecho marco de una conferencia; pero que tiene el mérito de ver a Jesús bajo una fase perfectamente nueva, que tiende a quitarle la falsa aureola de moralista y socialista con que lo han adornado con ligereza suma los oradores y poetas chirles.

* * *

Antes de estudiar las doctrinas antisociales y la moral inhumana de Jesús, creo pertinente fijar los

(1) "El Proceso de Jesús," J. Rosadi, página 8.

principales rasgos de su persona y de su idiosincrasia.

Juvenal, Plutarco, Séneca y Filón, Filón—que vivió en tiempos de Jesús—silencian sus nombres en sus escritos (1). Flavio Josefo, Tácito, Suetonio y Plinio, que de él hacen referencia, o fueron enmendados o falsificados como los dos primeros, o como los otros dos, hablaron de Cristo tan sólo etimológicamente para designar la superstición que tomó su nombre, o a los secuaces de la misma (2).

Ni los escritores judíos—Philón, Josefo,—ni los escritores romanos o griegos—Tácito, Suetonio, Plinio, Dion Cassius—de aquella época y de la siguiente, conocen a Jesús de Nazaret, ni los acontecimientos de su vida, y hasta la misma villa de Nazaret es por completo desconocida (3).

Así, puede decirse con Augusto Dide: "Los historiadores judíos, la historiografía griega y romana desconocen a Jesús" (4). Jean Jaurés—citado por Bossi—pone en tela de duda la existencia de Jesús, y nuestro "Nigromante" declara que no se ha comprobado científicamente su existencia (5).

Para los ebionitas, Jesús es un simple mortal; para los docetistas, carecía de forma sensible y humana; y para Cerinto, judío gnóstico, poseía doble naturaleza (6).

En el diálogo con la Samaritana resulta un Jesús neoplatónico, y en el episodio con la mujer sirio-fenicia, un Jesús ferozmente israelita (7).

(1) "Jesucristo nunca ha existido," Bossi, páginas 17, 18 y 19.
(2) Ibid, página 16.
(3) "Los enigmas del Universo," Haeckel, tomo II, página 215. En prueba de imparcialidad, inserto los siguientes renglones que hablan con algunos detalles de la villa de Nazaret: "Nazareth (En-Nazira) compte actuellement 4,000 habitants. Elle est située a 273 metres au-dessus du niveau de la mer et a 100 metres au-dessus de la plaine d'Esdrelon." Dr. Binet-Sanglé. "La folie de Jesús," página 62.
(4) "El fin de las religiones," página 53.
(5) "Obras" Ignacio Ramírez, tomo I, página 280.
(6) "Desarrollo intelectual de Europa," Draper, tomo I. página 278.
(7) "El fin de las religiones," página 45.

Así, Jesús nos resulta el transformista por excelencia de la leyenda, por lo que ineludiblemente se pregunta uno: ¿Cuántos Jesuses hay? Creo que puede contestarse: El Jesús-símbolo, que es como el resumen de las religiones del Oriente; el Jesús-hombre, que arrastra sus nostalgias de empedernido pesimista por Jerusalén o deja caer sus parábolas, indescifrables como los jeroglíficos de Palenque, y sus sentencias obscuras y contradictorias, que menosprecian y deprimen la vida terrenal, sobre Cafarnaum; y el Jesús semidiós, que, parafraseando a Nietzsche, es como una cuerda tendida entre el Jesús-hombre y el Jesús-dios. De este triunvirato de Jesuses el primero y el tercero se confunden: pertenecen por entero a la Teología, y como nada tienen que ver con la humanidad y nada pueden, los abandono, repitiendo la estrofa de Guerra Junqueiro:

"Un dios cadáver, un cadáver frío.
un dios yermo y sombrío .
con labios mudos, con mirar sin luz.....
¿cómo ha de proteger los desgraciados
si sujetan sus brazos macerados
los brazos de una cruz?..."

El Jesús-hombre, cuya personalidad destaca sus principales perfiles en la leyenda sin alcanzar los dominos de la historia, es el que me interesa, haya existido o no, que para mi tesis es igual. De preferencia seguiré el poético panegírico de Ernesto Renán. Escojo la obra de este autor, porque el tema sostenido por él descansa sobre la humanidad de Jesús. En su apología defiende valientemente su existencia humana, que es como voy a considerarlo, y, por tanto, no se dudará de las conclusiones que yo saque de dicha obra. Refiere Pompeyo Gener que cuando puso en conocimiento de Renán el fondo de las conferencias dadas en Ginebra por Ganneval, negando la existencia de Jesús, después de convenir Renán en que el pasaje en que Flavio Josefo se re-

fiere a Jesús no está escrito por dicho autor (1), y de que no hay documentos más próximos a Jesús que las cartas escritas o dictadas por Pablo treinta años después de su muerte y que sólo le conocía de referencia, declaraba que, sin embargo, él lo sentía y lo veía palpitar en esos escritos, y que si llegara a probarse de manera que no admitiese duda la no existencia de Jesús, él lloraría amargamente, porque creería que la humanidad es incapaz de producir un individuo moralmente perfecto. Y después, abismado en hondos pensamientos, Renán concluyó así: "Es igual. Si no hubiese existido.... tendría que haber existido de todos modos, puesto que uno u otro lo ha concebido, y el que lo ha concebido era igual a él; él mismo era el ideal que transcribió, pues las grandes ficciones de la Historia, las más de las veces, no son más que autobiografías (2). El amor de Renán por Jesús está de manifiesto. Su obra es apasionada de su existencia humana. Podrá ser tachada de parcialidad a favor de la tesis que sostiene; pero no llega a cometer la inconsecuencia de hacer constar nada contrario a ella. Así, pues, mayor ha sido mi asombro al hallar en dicha obra dos fases distintas de ese sér multiforme que es Jesús. De la pintura de Renán surgen dos Jesuses en completa contradicción. ¡Dualidad extraña y sorprendente! El paganismo creó a Jano con dos caras y Renán ha creado a Jesús con dos fases morales que están en flagrante oposición. Por un lado un socialismo rudimentario, aprendido de Juan Bautista y desvirtuado al aconsejar la caridad (3): la denigrante limosna (4), que Carlos Malato, con toda mala fe, hace aparecer como instituída por Pablo. La inven-

(1) "Los cristianos, por fraude religioso, falsificaron groseramente un pasaje de "Josefo," según dice Voltaire, "Diccionario Filosófico." V. **Cristianismo.**

(2) "Amigos y maestros," páginas 172 y 173.

(3) "La caridad es creación, verbo, irradiación del fundador del cristianismo." J. E. Rodó. "Ariel," página 111.

(4) "Revolución cristiana y revolución social," página 27.

ción de la caridad y la limosna no pertenece a Jesús y menos a Pablo, pues profundizando este tema, se pone de manifiesto que algunos siglos antes que Jesús apareciera en el escenario mundial, los sabios de Grecia proclamaban la *caridad* (1); Buda había, según Maspero, ordenado a sus secuaces que se alimentaran y vistieran de *limosna* (2), y al decir de un miembro del instituto de Francia y decano de la Facultad de Letras de la Universidad de París, *en Atenas habían constituído hospitales, sostenido médicos públicos, asistido a los enfermos y protegido a los huérfanos* (3).

Por otro lado, un *yo* ferozmente egoísta. Y esta faz moral, esta segunda naturaleza de Jesús, es la que me interesa, pues de ella nacen sus doctrinas antisociales y su ética inhumana. Él es el único. Los profetas hablan de él. Dios le ha enviado. Su voz es la voz de Dios (4). Su reino no es de este mundo: "se halla fuera de la Naturaleza," confiesa paladinamente Renán (5). No disputa jamás sobre Dios, porque directamente lo siente en sí mismo (6). Él era dios. Y envanecido con esa superioridad que se atribuía, gusta tomar los vestidos de sus adeptos para que le sirvan de montura y que los tiendan a su paso como alfombra (7). Era el Mesías anunciado por las Escrituras y debíasele vasallaje. Él era ante todo y sobre todo. "Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, y a la mujer y a los hijos, y a los hermanos y hermanas y aun a su vida misma, no puede ser mi discípulo." Así hablaba Jesús, y Renán comenta: "Entonces se mezcla a sus palabras algo extraño y sobrehumano, algo semejante a un fuego devorador que ago-

(1) "Historia de los griegos," Duruy, tomo I, página 321.
(2) "Novísima Historia Universal," tomo I, página 402.
(3) "Las democracias antiguas," Croiset, página 130.
(4) Juan, capítulo 3, versículo 34.
(5) "Novísima Historia Universal," tomo II, página 451.
(6) Ob. cit., 392.
(7) Ob. cit., 424 y 425.

taba las raíces de la vida, que lo convertía todo en horrible desierto. El áspero y triste sentimiento por el mundo, de disgusto por el mundo y de abnegación ilimitada que caracteriza la perfección cristiana, tuvieron por fundador, no al ingenioso y jovial moralista de los primeros años, sino al sombrío gigante a quien una especie de grandiosos presentimientos arrojaba más y más fuera del género humano. En aquellos momentos de guerra contra las necesidades más legítimas del corazón, diríase que Jesús había olvidado el placer de vivir, de amar, de ser y de sentir" (1). "El que ame a su padre o a su madre más que a mí; el que ame a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (2). Narciso no fue tan osado. Murió contemplando su imagen en una fuente; pero no pidió que le adorasen. Jesús, enamorado de sí mismo, quiere que todo se sacrifique en aras de su grosera egolatría: desea que ese amor trascienda a los demás y con especialidad a los hombres, lo que constituye una gran inmoralidad. Es el momento de hacer notar la predilección de Jesús por los hombres y la indiferencia que tenía para con las mujeres. Se recuesta sobre el pecho de Juan, su discípulo amado, y cuando la Magdalena se le acerca, él se retira diciéndole: *Noli me tángere.* Cuando Holbach afirmó que Jesús había tenido relaciones íntimas con la pecadora de Mágdalo, lo que hizo desparecer por un momento el rictus sarcástico de la boca de Voltaire para llamarlo blasfemo (3), incurrió en un error, lo que tal vez no habría sido si con su perspicacia hubiérase dado a investigar las relaciones de Jesús con sus discípulos y con especialidad con el adónico Juan. Digna de toda atención es esta faz de Jesús, pues quizás ella nos diera la clave del menosprecio con que trató a la mujer, de la indiferencia con que vió el amor y la

(1) Ob. cit., 451.
(2) Mateo, capítulo 10, versículo 37.
(3) "Diccionario Filosófico." V. **María Magdalena.**

tranquilidad con que violó los más rudimentarios preceptos naturales. "Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie a sí mismo y me siga" (1). Es decir, exigía que se renunciara a todo lo que forma la vida, inclusive la propia personalidad, en aras, no de sus ideas, sino de su persona. Jesús proclama la adhesión a su individuo antes que a sus doctrinas. Las ideas no representan nada ante su personalidad. Quiere que se le siga ciegamente, incondicionalmente, servilmente. "Jesús—dice Renán—no fue un teólogo, ni un filósofo, ni tuvo un sistema más o menos combinado. Para ser discípulo suyo no se necesitaba suscribir ningún formulario, ni pronunciar ninguna profesión de fe. Bastaba una sola cosa: adherirse a él, amarle" (2).

* * *

Señalaré al paso algunos hechos inmorales de Jesús y condenados por su propia doctrina, pues ellos tienen el mérito de diseñar maravillosamente su perfil moral.

Jesús ofreció el reino de los cielos a quienes visitaran a los presos (3), y cuando Juan Bautista se consumía de impaciencia en la fortaleza de Machero, Jesús, olvidando su oferta y poniéndose por este hecho fuera del cielo que ofrecía, se fue a la otra parte del lago de Galilea, donde está Tiberiades, según dice Juan (4).

Cuando la mujer cananca le rogaba con lágrimas en los ojos y el corazón transido de inenarrable dolor que curase a su hija, haciendo alarde de un localismo brutal que el más rudimentario socialismo rechaza y que el principio más elemental de moral condena, volvióse Jesús a ella y despectivamente

(1) "Novísima Historia Universal," tomo II, página 451.
(2) Ob. cit., 391 y 392.
(3) Mateo, 25—35.
(4) Capítulo 6, versículo 1.

díjole: "No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (1).

En el trayecto de Betania a Jerusalén, Jesús sintió hambre, y viendo a la vera del camino una higuera, acercóse a ella para cortar los frutos y mitigar su voraz apetito; pero, viendo que no tenía higos, montó en cólera y con una maldición secó la planta (2). Holbach comenta este hecho de la siguiente manera: "Que a un pobre viajero hambriento se le escape una imprecación contra una planta que por no ser la estación propicia no tiene frutos, pase; que ella se seque por algún fortuito accidente, pase también; pero el pretender que los higos estén maduros en el invierno o al principio de la primavera y, no hallándolos así, destruir el árbol, no sé si es obra digna de Caracalla o de un mentecato" (3).

Cuando vió en el templo de Jerusalén a los mercaderes, lleno de ira y relegando al más oprobioso olvido la mansedumbre de que blasonara y que tanto predicara, se arroja sobre ellos y, derribando las mesas y azotándolos furiosamente, los expulsa (4).

Cuando uno de los criados del pontífice Anás le da una bofetada, se vuelve airado y le pregunta: "¿Por qué me hieres?" (5), en vez de presentar la otra mejilla, como ordenaba terminantemente su máxima: "A cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra" (6).

Con refinada maldad dábase a fomentar la ignorancia, declarándoles a sus discípulos que predica por parábolas para que no le comprendieran (7).

(1) Mateo, 15—24.—Esta frase de Jesús contrasta de manera brutal con la respuesta que solía dar Sócrates: "No soy de Atenas: soy del mundo." Duruy, "Historia de los griegos," tomo III, página 36.
(2) Mateo, 21—18 y 19.
(3) "Moisés, Jesús y Mahoma." 158.
(4) Juan, 8—15 y 16.
(5) Ibid, 18—22 y 23.
(6) Mateo, 5—39.
(7) Ibid, 13—11.

* * *

La personalidad de Jesús puede sintetizarse así: despótico y orgulloso, egoísta y vanidoso con los que cree menos que él; hipócrita y servil con los Poderes establecidos, y ambicioso y envidioso con Juan Bautista, que le supera en mucho por lo avanzado de sus principios y el merecido prestigio de que gozaba, según veremos al analizar algunas de sus sentencias, que nos permitirán completar su idiosincrasia y comprobar que nuestras afirmaciones no son arbitrarias.

* * *

Jesús tenía la pretensión de no ser de este mundo (1), pues con sus palabras y sus hechos daba a entender que era un enviado extraordinario de Dios. Posesionado a conciencia de este papel, que naturalmente él mismo se había dado, procuraba dar a entender que su palabra era la palabra de Dios y que su doctrina habíala aprendido de su Padre celestial (2). Así tuvo origen su ciencia infusa, que fue a chocar contra las pasiones inherentes al hombre y a estrellarse contra las ineludibles leyes de Natura. De allí arranca la manera errónea con que Jesús vió la vida, su juicio equívoco sobre la humanidad, su falsa interpretación de los preceptos naturales y el fárrago enloquecedor de sus contradicciones, que con ayuda del barón de Holbach paso a reseñar.

Proclamábase misionero de paz, de amor y confraternidad, y al mismo tiempo declaraba que no había venido a poner paz, sino guerra; a separar al hijo del

(1) Juan, 17—16.
(2) Ibid, 7—16.

padre, a la hija de la madre, a la nuera de la suegra. Se titulaba padre misericordioso de todos y despreciaba y trataba duramente a su propia madre, hermanos y hermanas; enseñaba la igualdad reprendiendo a aquellos discípulos que alternaban por la supremacía, anteponiendo a ellos a los niños, a los cuales manifestaba gran cariño, y constituía al renegado Pedro como principal columna de la Iglesia.

Mandaba cortarse el miembro escandaloso, declaraba los escándalos ruina del mundo, amenazaba con desaparecer a todos los escandalosos y después decía que era necesario que sucediesen los escándalos. Mandaba hacer bien a los propios enemigos, rogar por ellos; llamábase el cordero manso, quería que los apóstoles fuesen como palomas, y, al mismo tiempo, lanzaba sangrientos ultrajes a los escribas y fariseos y azotaba a los mercaderes autorizados por la ley para traficar en el templo. Declarábase el predilecto hijo de Dios y sudaba sangre por temor a la muerte (1).

* * *

La parte de la ética de Jesús, la *ley de oro de la moral,* que también se aviene con la ley natural, no pertenece a Jesús y lo pone en parangón con los más vulgares plagiarios. Lo que en sus prédicas le pertenece es detestable y pertenece a aquellas cosas que caen por su propio peso. Mas, como toda afirmación requiere comprobación, paso a demostrar los plagios principales de Jesús, para después analizar sus máximas.

"Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Esta frase es la base fundamental de la moral humana y sólo tiene en labios de Jesús el mal de no pertenecerle, pues ese precepto estaba ya consignado en el

(1) "Moisés, Jesús y Mahoma," páginas 170 y 171.

Pentateuco, según observa Stuart Mill (1) y, en efecto, hállase textualmente en el capítulo 19, versículo 18, del Levítico. Por este mandamiento supremo (confiesa con toda lealtad Ernesto Haeckel) nuestra ética monista concuerda absolutamente con la moral cristiana.

Pero debemos consignar seguidamente el hecho histórico de que el mérito de haber planteado esta ley fundamental no corresponde a Jesús, como afirma la mayoría de los teólogos cristianos y como admiten a ciegas los creyentes desprovistos de sentido crítico. Esa regla de oro remonta a más de cinco siglos antes de Jesús y había sido proclamada por numerosos sabios de Grecia y Oriente como la regla más importante de la moral. Pittakus de Mytiléne, uno de los siete sabios de Grecia, decía 620 años antes de Jesús: "No hagas a tu prójimo lo que no quisieras que él te hiciese." Confucio, el gran filósofo y fundador de la religión china—quien negaba la personalidad de Dios y la inmortalidad del alma—decía 500 años antes de Jesús: "Haz a cada uno lo que quisieras que te hicieren, y no hagas a ninguno lo que no quisieras que te hiciere él." Aristóteles enseñaba, a mediados del siglo IV, antes de Jesús: "Debemos conducirnos con los otros de la manera que quisiéramos que ellos con nosotros se portasen" (2). En el mismo sentido y casi en los mismos términos es también expresada la Ley de oro por Thales, Sócrates, Aristipo, el pitagórico Sextus y otros filósofos de la antigüedad clásica (3).

Rodríguez, Salvador, Dukes y Cohen—dice Bossi—han demostrado, en forma que no admite réplica, que toda la predicación moral de Jesús, sin excluir el famoso Sermón de la Montaña, se formó palabra

(1) "Estudios sobre la religión," 84.
(2) Isócrates, discípulo de Platón, decía 300 años antes de Jesús: "No hagáis a los otros lo que no quisierais sufrir de ellos, y sed para ellos lo que deseáis que sean para vosotros."—"Historia de los griegos," tomo III, página 126.
(3) "Los Enigmas del Universo," tomo II, página 155.

por palabra con las citas del Antiguo Testamento (1). José Enrique Rodó, que parece ver en Bossi un publicista de literatura barata, ratifica lo aseverado en la anterior afirmación cuando escribe: "Es indudable que, para quien se proponga negar la originalidad de Jesús, significa una posición muy fuerte colocarse dentro del Antiguo Testamento para demostrar la identidad de su espíritu con la moral cristiana."

La ley del Talión, que manda dar ojo por ojo y diente por diente, fue condenada por Jesús al indicar que no se volviera mal por mal (2); ello sería meritorio para Jesús si no encontrásemos en los proverbios antes referidos esta categórica declaración: "No digas: como me hizo así le haré; daré el pago al hombre según su obra" (3), y si Sócrates, 400 años antes de él, no hubiese dicho: "No se deben cometer nunca injusticias ni aun en aquellos que nos las hacen, ni volver mal por mal" (4); y si un siglo después de Sócrates el divino Platón no hubiese dicho de manera categórica: "No devolváis injuria por injuria" (5).

Al hacer una selección de *doce discípulos* de entre los que tenía (6), no hace más que imitar a Confucio (7); cuando dice a sus discípulos que *todo pasará menos sus palabras* (8), sencillamente recuerda a Buda, que decía a los suyos: "Puede ser que a uno u otro de vosotros le ocurra la idea de que con el maestro haya acabado la enseñanza; mas no debéis pensar así. Cuando yo falte, os servirán de maestro las verdades y reglas que he establecido" (9). Y cuando recomendaba a sus discípulos que al *fal-*

(1) "Jesucristo nunca ha existido," 172.
(2) Mateo, 5—38 y 39.
(3) Capítulo 24, versículo 29.
(4) "Historia de los griegos," Duruy, tomo III, página 30.
(5) Ob. cit., III, página 115.
(6) Lucas, 6—13.
(7) "Novísima Historia Universal," tomo I, página 479.
(8) Lucas, 21—23.
(9) "Novísima Historia Universal," tomo I, páginas 409 y 410.

tar él no se dejasen engañar por los que se presentarían en su nombre (1), seguramente que pensaba en Buda, que, presintiendo su muerte, recomendaba a los suyos la vigilancia para no dejarse sorprender (2). Y también, al igual de Buda (3), ordenó a sus discípulos que fueran a predicar su doctrina (4).

Y para no hacer muy larga la lista de los plagios cometidos por Jesús, recordaré una frase muy conocida por haberla empleado algunos de los divulgadores de la ciencia, como Flammarión, Max Nordau y otros, frase que es como la síntesis de la aspiración humana al perfeccionamiento, y que dice: "No sólo de pan vive el hombre;" frase que se encuentra consignada en el Deuteronomio (5), que Martí glosa de la siguiente manera: "Es doble manera de hacer el bien dar pan al cuerpo y darlo al alma," y que Diderot interpreta magistralmente diciendo que la primera necesidad del hombre, después del alimento, es la instrucción.

Cuán justiciero resulta Saladino (citado por Haeckel) afirmando que no hay principio de moral razonable y práctico enseñado por Jesús, que no haya sido antes de él enseñado por otro....

Y Jesús, que así formó su doctrina, con remiendos de las tradiciones más antiguas, no tuvo la honradez que imprescindiblemente debe tener todo moralista de confesar la procedencia de la parte buena y aceptable que tiene su enseñanza. La honradez de Juan Montalvo pone en triste predicamento la audacia de Jesús cuando declara: "Le tengo horror al plagio; dicho se está que si en alguno me toman, será porque no habré sabido, como madama de

(1) Lucas, 21—8.
(2) "Novísima Historia Universal," I—407.
(3) Ob. cit., I.—399.
(4) Marcos, 16—15.
(5) Capítulo 8, versículo 3.

Sévigné, si tal pensamiento acaba de nacer en mi cerebro, o si es cosa que la tengo leída veinte años ha."

El Antiguo Testamento renació en los labios de Jesús. El recuerdo incubó en su boca el Nuevo Testamento: fue un milagro de la memoria. Prodigio que vemos repetido en Villaespesa, que hace versos que coinciden admirablemente con algunos de Gutiérrez Nájera (1), como algunos de Rubén Darío coinciden con los de otros poetas (2), milagros y coincidencias que en buen castellano no pasan de plagios vulgares.

(1) Villaespesa. "Viaje Sentimental," página 43:

"Aquí el sillón donde bordar solía;"

Gutiérrez Nájera:

"Ese, el sillón en que bordar solía."

Villaespesa: "El Balcón de Verona," 112:

"¡Qué olor de rosas frescas en el viento!"

Gutiérrez Nájera:

"¡Qué olor de rosas frescas en la alfombra!"

El poeta ibero ha copiado frases enteras del "Duque Job" y pensamientos de Díaz Mirón; éste ha dicho:

"Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan.... Mi plumaje es de esos."

Y Villaespesa, en "El Balcón de Verona," página 99:

"Mis blancas alas cruzarán ilesas
por el fango de todos los pantanos....."

(2) "Paul Groussac sorprendió a Darío en sus ágiles labores de calco y enseñó al atareado poeta con el dedo, no sin delectación, para que sirviese de escarnio a los transeúntes. Yo también le sorprendí luego calcando a Moreas. Rubén quería "ser en la flauta Pan como Apolo en la lira;" deseo ambicioso, aunque digno de un poeta; sólo que al nicaragüense no le salía tanta arrogancia del corazón, sino de la memoria. Ya Moreas en su "Offrand a l'Amour" había también soñado con ser "Apollon sur la lire et Pan dans les pipeaux."—R. Blanco Fombona, "La Revista de América," febrero de 1913.

* * *

"Mi reino no es de este mundo" (1). Así hablaba Jesús. Sobre esa frase gravita todo su sistema religioso; *religioso,* entiéndase bien, y no social ni moral como erróneamente quieren considerarlo algunas personas. Así Rosadi hace notar "una gran laguna en la doctrina de Jesús, considerada en sus relaciones con el orden político y social, sosteniéndose por algunos que es inadaptable a la vida civil por ser extraña, si no contraria, al trabajo y al desarrollo de la civilización" (2). Y el profundo Sergi, de manera que no deja lugar a duda, dice: "El fin de Cristo no fue político ni social, sino exclusivamente religioso" (3). Por eso, dice Strauss, Jesús vincula las promesas que hace a los pobres y a los oprimidos en un mundo venidero, en un cielo (4), y por ese camino llega a ver con insultante indiferencia las cosas terrenales y hasta rebelarse contra la Naturaleza, según observa Renán (5).

"Vended lo que poseáis y dad limosna." Así hablaba Jesús (6). Autorizada era así la mendicidad, reconocida la holgazanería y decretada la vagancia. En el mendigo (dice Rodó) se glorificaba la imagen viva de la santidad. Proscrito quedaba el trabajo y descuidado el sustento del cuerpo y las más imperiosas necesidades de la vida. Ya se ve, según la doctrina de Jesús, que no era menester trabajar para comer y vestir, pues las aves no siembran, ni siegan ni tienen graneros, y no carecen de alimentos, y los lirios no trabajan ni hilan, y visten como ja-

(1) "Novísima Historia Universal," II—470.
(2) "El Proceso de Jesús," página 92.
(3) "La decadencia de las naciones latinas." 267.
(4) "Nueva vida de Jesús," tomo I. página 244.
(5) "Novísima Historia Universal," II.—391.
(6) Ob. cit., 420.

más vistió Salomón con todo su fausto (1). ¿Para qué trabajar cuando la limosna tenía fuerza de ley y bastaba con clamar al vacío: "el pan nuestro de cada día dánoslo de hoy?" (2). Con la observancia de estas doctrinas yacerían por tierra todas las flamantes confederaciones del trabajo y en verdadero predicamento toda la llamada legislación obrera. ¿Para qué querrían los socialistas la jornada de ocho horas cuando podrían pasar su vida muy descansadamente contemplándose el ombligo como los yoguí de la India y masticando a dos carrillos el pan que el despensero celestial tendría el buen cuidado de enviarles? ¿Para qué trabajar cuando tan sencillo sería llamar de puerta en puerta pidiendo un mendrugo?.... Síguese de allí, hace notar Haeckel, esa negligencia de los cuidados del cuerpo, de la educación física y de los cuidados del aseo, por lo que se distingue la Edad Media, con mucha desventaja suya de la antigüedad clásica y pagana. No se encuentran en esa doctrina los preceptos severos de abluciones cotidianas, de minuciosos cuidados del cuerpo que hallamos en las religiones mahometana, india y otras, no sólo teóricamente establecidos, sí que también prácticamente ejecutados. Así, el ideal del cristiano es el hombre que no se lava jamás, ni cuida del vestido, y que, en vez de trabajar, pasa perezosamente la vida en oraciones sin sentido y en ayunos torpes (3). En esas doctrinas se ha querido ver un principio de comunismo. Las primitivas sociedades, dice en su "Sociología General" Sales y Ferré, fueron comunistas: alimentos, albergue, utensilios, todo en ellas era común. Juan Bautista—el solitario de indomable libertad como lo llama Renán,—obedeciendo a la tradición y a influencias ancestrales, predicó un comunismo rudimentario, mientras Jesús estableció lo que pudie-

(1) Ibid. 419.
(2) Id., 400.
(3) "Los enigmas del Universo," II.—158.

ra llamarse el sindicato de los pordioseros. Un comunismo sin trabajo no es más que una mendicidad hipócritamente disfrazada de socialismo: colectividad de mendigos que pudiera ser catalogada entre los parásitos de la sociedad. "El trabajo, ha dicho Novicow, es la ley de la Naturaleza, y querer permanecer ocioso, es querer ir contra esa ley, es querer ser inmoral" (1).

"Bienaventuradas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no criaron" (2). "Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron a sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso, séalo" (3). Así hablaba Jesús. Mutilarse a causa del reino de los cielos, es encararse ciegamente contra una función fisiológica que, de no cumplirse, trae serios trastornos en el sistema nervioso principalmente, amenazando de muerte a la humanidad, a la vez que quita todo el encanto de la vida, de la vida que un beso recorre toda la escala de la pasión y en un suspiro parece encerrar la esencia purísima del amor. Esa doctrina contra Natura tuvo su predecesor en Onán y más tarde su fiel intérprete en Orígenes. Jesús, que practicó el celibato, no tuvo empacho en aconsejar la emasculación. Un discípulo de Orígenes, el árabe Valerio, en el año 250 fundó la primera secta de castrados, que, en recuerdo de su fundador, fueron llamados los "valerianos." Perseguidos por los emperadores Constantino y Justiniano, se esparcieron por diversos rumbos y son tal vez los padres espirituales de los modernos skopzos (4). "Los skopzos —dice por su parte Naquet—se mutilan para estar seguros de no ser inducidos a la tentación. Acusan

(1) "La emancipación de la mujer," 75.
(2) Lucas, capítulo 23, versículo 29.
(3) Mateo, 19—12.
(4) "Los amores de los hombres," Mantegazza, tomo I, página 128.

así, sin percatarse de la gravedad de su acusación, a la divinidad que sirven, de haberles dado órganos que hay necesidad de extirpar para no caer en el crimen. Pero, aunque más absolutos, no son más ilógicos que los que piden que observemos la castidad arrancando de nuestros corazones el más poderoso de nuestros instintos: aquel en el cual descansa la perpetuidad del género humano" (1). Perfectamente acorde con esta frase está el criterio de Wágner, cuando en su "Parsifal" nos pinta a los caballeros del Santo Graal rechazando al mago Klingsor porque se había castrado para no pecar, quitándole así el mérito al voto de castidad hecho por ellos. A esos actos suprainmortales, antisociales e inhumanos conduce la fiel observancia de las doctrinas de Jesús. Él, que perteneció a una secta que se imponía la continencia más absoluta, sobre todo en las relaciones sexuales, tuvo, por atavismo o por la segunda naturaleza formada por el medio, que ver con oprobiante desprecio el matrimonio (2); pero, comprendiendo que jamás llegarían sus doctrinas a levantarse como inexpugnables murallas para dividir a los sexos, optó entonces por unirlos en una eternidad, afianzando así la indisolubilidad del matrimonio. "Cualquiera, dijo Jesús, que repudiare a su mujer y se casare con otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudiara a su marido y se casare con otro, comete adulterio" (3). Así formábase la cadena de la esclavitud sexual, donde las limas de la crítica socialista se embotan y daba al traste con la disposición establecida por Moisés en el Deuteronomio (4), disposición que concuerda admirablemente con los anhelos actuales, puesto que es nada menos que el establecimiento del divorcio absoluto: el primer paso dado en firme por la senda

(1) "Hacia la unión libre," 56.
(2) "La mujer," Bebel, 49.
(3) Marcos, 10—11 y 12.
(4) Capítulo 23, versículos 1, 2, 3 y 4.

florecida de la unión libre. Más tarde Pablo, en su primera Epístola a los corintios (1), declaraba autoritariamente inspirándose en Jesús: "que la mujer no se aparte de su marido; y si se apartare, que se quede sin casar..." "La restricción del divorcio, dice Holbach, al solo caso de adulterio, es una ley bastante dura y perjudicial para la felicidad de los matrimonios. Por otra parte, regularmente es muy difícil probar a una mujer que ha sido adúltera, porque ya saben ellas tomar bien sus medidas para no ser descubiertas. ¿No es demasiado odioso y aun expuesto vivir con una persona que nos causa zozobras y sospechas continuas?" (2). Eso, vista la cuestión con el lente burgués, pues con el criterio socialista no se puede menos de condenarla inexorablemente. Mi amigo el gentil orador Alfredo L. Palacios, desde la tribuna del Parlamento argentino, decía: "La indisolubilidad, exagerada por la religión, no tiene razón de ser, pues la unión de dos seres de distinto sexo carecerá de moralidad desde que no tenga por base el amor" (3). "Si de la unión, dice Bebel, resulta incompatibilidad, si los dos contrayentes se han equivocado y se reconocen antipáticos el uno del otro por cualquier motivo, ordenará la moral que cese una situación repugnante a la Naturaleza y a las costumbres" (4). El presidente Batlle Ordóñez, al establecer el divorcio absoluto en el Uruguay, y Carranza al decretarlo en México, condenan, con la muda elocuencia de los hechos, la unión indisoluble que predicara Jesús.

"Si tu ojo te da ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar al reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ser echado a la Gehenna" (5); máxima que Chocano parodia así:

---

(1) Capítulo 7, versículos 10 y 11.
(2) "¿Quién fue Jesucristo?," 118.
(3) "Discursos parlamentarios," 192.
(4) "La mujer," 312.
(5) Marcos, 9—47.

"Cual dice en la Biblia un Dios,
más vale, como consuelo,
mirar con un ojo al cielo
y no al infierno con dos...."

Mutilarse para no ver la belleza y desearla, a más de probar la existencia de una voluntad frágil, pone de manifiesto una inmoralidad. Así es como se ha llegado a la aberración de ponerle un delantal a la Venus antigua y de pegar sobre las estatuas modernas una ridícula hoja de parra (1). Villaespesa parece protestar contra semejante determinación cuando canta:

"La desnudez, si es bella, es siempre casta..."

"En Esparta—refiere Novicow—muchachos y muchachas desnudos se entregaban juntos a ejercicios gimnásticos, sin que ello les impidiera ser castos, pues no tenían ninguna mala intención" (2). Comentando ese hecho, dice Bebel: "La exposición constante de la desnudez del cuerpo humano, la manera natural en que se empleaban en las cosas naturales, llevaba consigo la ventaja de impedir se produjera esa sobreexcitación sensual que en nuestros días hacen nacer artificialmente desde la infancia la separación de las relaciones de ambos sexos. La constitución física y el funcionamiento de los órganos particulares de cada uno de los sexos, no era un secreto para el otro. Allí no había, pues, lugar para el libertinaje. La naturaleza permanecía naturaleza. Un sexo regocijábase con la belleza del otro" (3).

"Si alguno te hiere en la mejilla derecha, ofrécele también la otra." Así hablaba Jesús. El atropello quedó sancionado desde ese momento y la cobardía establecida. Según esa doctrina, no hay lugar a

---

(1) "De la Alemania," Heine, tomo II, página 50.
(2) "La emancipación de la mujer," 143.
(3) "La mujer," 109.

esas protestas de los obreros porque un capataz insolente los trate con palabras soeces, o extralimitándose, golpee a los que no tienen más delito que es trabajar bajo su vigilancia. Esta doctrina condena esas huelgas parciales que, con bastante frecuencia, estallan en las fábricas para lograr la destitución de esos capataces inhumanos. Esa doctrina tiene su más completo desarrollo en esta otra máxima de Jesús: "Y al que quiera armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa." Así se sanciona el robo y se favorece el despojo; así se enseña a los obreros que, cuando los patrones les defrauden los jornales, en vez de protestar, le devuelvan el salario mermado que han recibido. Tiene razón el barón de Holbach, cuando comenta: "La prohibición de una justa defensa de su persona y de sus derechos contra un agresor o un litigante injusto, es un trastorno a las leyes de toda sociedad. Es abrir la puerta a las iniquidades y los crímenes y hacer eternamente inútil el ejercicio de la justicia" (1). "No es necesario—añade Bossi—gran ingenio ni mucha elocuencia para probar que esta moral no es realizable por inhumana o contraria a las leyes biológicas y sociológicas, incompatibles con la conservación y con el progreso de la especie humana. Basta con exponerla: se condena por sí misma" (2).

"Cualquiera, pues, que me confesase delante de los hombres, le confesaré delante de mi padre, que está en el cielo. Y cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi padre, que está en los cielos" (3). Así hablaba Jesús. Y estas palabras son verdaderamente inmorales, pues ponen precio a la virtud y hacen que las buenas acciones estén subordinadas a la conveniencia personal; además, no se aviene con el amor proclamado hasta para los enemigos, pues así se ve

(1) "¿Quién fue Jesucristo?," 119.
(2) "Jesucristo nunca ha existido," 116.
(3) Mateo, 10—32 y 33.

que no sólo dejará abandonados a sus fuerzas a los que le negaren ante los hombres, sí que también a los indiferentes o neutrales, que, sin negarle, no le hubieren confesado.

"El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor" (1). Así hablaba Jesús. Esta es una aberración, pues sólo puede tener como móvil el fin deliberado—cosa muy propia de Jesús—de inculcar en sus discípulos la creencia de que jamás podrían superarle, para que le rindieran ciega obediencia. La Historia se encarga de echar por tierra esa estupenda afirmación de Jesús, pues ella nos dice que más de un discípulo ha superado a su maestro. Espartaco, siervo de Aciano, superó en todos sentidos a su amo.

"Dejad a los muertos que entierren a sus muertos" (2). Así hablaba Jesús. Otra aberración, propia de un desequilibrado, y que, a más de inmoral, es antihigiénica.

"Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y os calumnian" (3). Así hablaba Jesús. Los obreros, con sus asociaciones de resistencia, protestan tácitamente contra esas doctrinas de serrallo, y con sus huelgas formidables las reprueban. Saladino—citado por Haeckel—dice que hacer eso es injusto, aun cuando fuera posible; y que sería de todos modos imposible en el caso que fuera justo. Y tan cierto es esto, que ya hemos visto a Jesús arrojando a latigazos a los mercaderes del templo; y le vemos en un momento en que ruge la fierecilla que, según Max Nordau, todo hombre lleva dentro de sí, proferir estas palabras de exterminio y propias de un fanático recalcitrante: "Aquellos de mis enemigos que no quieran que yo reinase sobre

(1) Id., 10—24.
(2) Mateo, 8—22.
(3) Id., 5—24.

ellos, traedlos acá y degolladlos delante de mí" (1). Esta frase de Jesús echa por tierra el precepto anteriormente citado, le equipara a los grandes tiranos y le pone en parangón con Calígula, que deseaba tuviera el pueblo romano una sola cabeza para darse el placer de decapitarlo de un tajo.

* * *

El movimiento socialista está íntimamente ligado con la política. El socialismo no es más que una alta política, ha dicho alguien. Y Jesús se desatendió de la cuestión social y en lo político fue un perfecto cortesano. Así pudo decir: "He venido no para abolir, sino para cumplir. No creáis que he venido para anular la ley; en verdad os digo que mientras exista cielo y tierra, ni una sola gota, ni un rasgo de la ley se anulará." Estas palabras son como un valladar inexpugnable puesto ante las aspiraciones de progreso de los pueblos. Así ha podido decir Rosadi que "Jesús aplica sus máximas al mundo tal cual es en sus leyes y en sus tendencias y no presupone ni pretende, al aplicarlas, la renovación y perfeccionamiento de la especie humana."

Ella da la clave para comprender por qué Jesús enmudeció ante los extraños opresores de Judea. Así se explica que Jesús no imitara a Judas el Gaulonita, que, más avanzado que él, afirmó valientemente que sólo a Dios debe tenerse por dueño; dando vida real a esa secta en que, como asienta Flavio Josefo, sentía tanto amor a la libertad, que no hubieron tormentos que no sufrieran y que no dejaran sufrir a los seres más queridos de su corazón, antes que consentir llamar dueño y señor a un hombre, cualquiera que fuese (2). El movimiento que con este principio inició el Gaulonita fue sofocado por

(1) Lucas, 19—27.
(2) "El fin de las religiones," 91.

el procurador Coponius; pero subsistió la idea y conservó sus jefes, como lo prueba el encontrarla de nuevo, sumamente activa, en las últimas luchas de los judíos contra los romanos, capitaneada por Menahem, hijo del Gaulonita, y por un pariente de éste, llamado Eleazar. Jesús conoció al Gaulonita, o cuando menos su doctrina; pero ante los resultados de su derrota, concibió, para justificar su indiferencia por la cosa pública, su axioma: "Dad al César lo que es del César....." La prudencia de Jesús se aprovechó del yerro de Judas y soñó con otro reino y con otro rescate" (1). "Vió—dice Renán, queriendo defenderlo—en ese fracaso demostrada la inutilidad de las sediciones populares, y desde entonces jamás pensó en sublevarse contra los romanos y los tetrarcas, respetando los Poderes establecidos y pagando religiosamente el tributo al César." Y no conforme con esto, se alió con los romanos al combatir a los fariseos (2), a esos fariseos que, cuando Herodes mandó poner una águila romana de oro en el frontispicio del templo, se insurreccionaron, arrancaron el águila y la hicieron pedazos, lo cual fue causa de que cuarenta fariseos fueran detenidos, juzgados y condenados a muerte, sufriendo crueles horrores; y al combatir a Sadoc, jefe del partido de los zelotas, que tremolaba como divisa de reunión: "No tenemos otro dueño que Dios: no debemos pagar tributo a César ni reconocer su autoridad," divisa que contrastaba con la de Jesús: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios." "Y para justificar—observa Dide—estas palabras de servidumbre, disculpa y pretexto de los compromisos más abyectos en el porvenir, le bastó mirar la efigie de una moneda" (3). Ante este hecho, Renán, cuya idolatría por Jesús

(1) "Novísima Historia Universal," tomo II, página 395.
(2) Rosadi dice categóricamente: "Ni teocrático ni racionalista, absolutamente ajeno a los compromisos," 75.
(3) "El fin de las religiones," 97.

está puesta de manifiesto, vese obligado a confesar, sin rodeos, que eso fue crear una cosa extraña a la política, una cosa que tenía sus peligros, pues establecía, en principio, que la señal para reconocer el Poder legítimo era mirar la moneda, proclamando que el hombre perfecto paga el impuesto por desprecio y sin discutir, era atentar contra la república a la manera antigua y favorecer todas las tiranías; y esto lo tomó el cristianismo como máxima que ha contribuído no poco a debilitar el sentimiento de los deberes de los ciudadanos y a exponer al mundo al absoluto poder de los hechos consumados (1).

Ni una vez siquiera, declara categóricamente Renán, dejó Jesús entrever el pensamiento de una resistencia violenta (2); Juan el evangelista se encarga de ratificar esta afirmación de Renán cuando refiere la actitud humillante hasta la degradación que observó Jesús cuando lo aprehendían, llegando hasta a reprender a Pedro, que, en un arranque de justa indignación, desenvainó su espada y de un tajo le quitó una oreja a Malco, jefe de la cuadrilla de esbirros que llevaron a cabo la aprehensión de Jesús. Y ello debíase a que nada tenía que hacer en las cosas de este mundo, pues tenía la conciencia de que era un sér divino que no había revestido sino pasajeramente un cuerpo, pero lleno siempre del recuerdo de su estado procedente y de la conciencia de divinidad (3). Por esta creencia veía con menosprecio las cosas terrenas y con oprobiosa indiferencia las cuestiones políticosociales. "¿Para qué—dice Renán, en su afán de disculparle—iba a turbar su vida por vanas sensibilidades, como son la libertad y el derecho que no tienen arraigo en este mundo?".... Así, hay que convenir en que la vida de Jesús es la de un esclavo enamorado de la ergástula, y sus palabras las de un loco con

(1) "Novísima Historia Universal," II—408.
(2) Ob. cit., II—410.
(3) "Nueva vida de Jesús." II—239.

la monomanía de la servidumbre. Ni su doctrina fue para redimir ni sus hechos para libertar: su vida careció de un gesto heroico. "Nunca predicó contra los Poderes públicos establecidos" (1), declara terminantemente Carlos Malato, destruyendo él mismo sus afirmaciones de que la primera fase del cristianismo fue revolucionaria (2) y de que fue una reacción contra el despotismo romano (3). Tan falsa es esta afirmación, que un profesor de la Universidad de Oxford dice que el cristianismo fue en sus orígenes una sociedad carente de significación política, y agrega: "¿Por qué afirmar, en consecuencia, que el cristianismo surgió en el mundo para reprimir los vicios de aquella civilización? El Nuevo Testamento no contiene texto alguno que justifique semejante aserto. Los primeros cristianos para nada cuidaban de los males que azotaban al mundo, pues vivían la vida contemplativa, absortos en sus prácticas de piedad y penitencia" (4). Nada tuvo el cristianismo de revolucionario en sus principios, y, combatiendo a los que combatían el poder usurpador de los romanos y pagando el tributo, ayudaba, indirectamente si se quiere, pero ayudaba a cimentar el poderío extranjero. No sé de ninguna revolución hecha predicando la sumisión. Malato, que con esa frase citada echa por tierra la tesis de su libro "Revolución cristiana y revolución social," sabe muy bien que se va a la revolución predicando la rebelión.

* * *

Otro ligero paralelo entre Jesús y Juan Bautista será más elocuente que las palabras. Jesús, que envidiaba la preponderancia de Juan y tenía la pre-

(1) "Revolución cristiana y revolución social," 25.
(2) Ob. cit., 49.
(3) Ob. cit., 24.
(4) "Política experimental," Th. Raleigh, páginas 20 y 21.

tensión de reemplazarlo (1), no tuvo el valor de enfrentarse con su poderoso rival y, como habríalo hecho en la actualidad un jesuíta, se sometió a las prácticas religiosas del Bautista, de ese Bautista que arengaba, declamaba contra los Poderes públicos establecidos, predicaba el comunismo y reclutaba sectarios (2). Mucho aprende Jesús de Juan, pero no lo imita. Su alma, hecha para todas las domesticidades, no comprende el gesto heroico del Bautista ante las bajezas de la maldita casta de Herodes, y, saliéndose del cartabón trazado por los antiguos profetas judíos, calla ante la venalidad de los gobernantes que oprimen la Judea y no imita las filípicas terribles con que Juan fulmina los Poderes establecidos por la usurpación (3). Cuando se quiere ahogar la voz de Juan dentro de un calabozo, enmudece Jesús y, temiendo que le alcance el odio de Antipas, toma precauciones y se retira al desierto (4). Cuando sabe la decapitación de Juan, enmudece ante ese atentado y de seguro se regocija interiormente al ver que el poderoso rival que tenía al frente, el hombre superior que le hacía sombra con su popularidad aplastante, era arrancado brutalmente del escenario de la vida. La espada del verdugo, cortando esa garganta, dejaba a la Judea huérfana de la protesta viril. de la palabra airada, cuyos ecos se extinguían plácidamente en las caldeadas soledades del desierto.

Ese pueblo de esclavos por excelencia (5) ya tenía al hombre representativo en Jesús, y en sus doctrinas antisociales e inmorales un consuelo para su alma que, incapacitada para la rebelión, fue a buscar refugio en quiméricos cielos. ¡Para tal pueblo, tal libertador! Un entusiasmo rayano en frenesí se

(1) "Nueva vida de Jesús," I—236.
(2) "Revolución cristiana y revolución social," 23.
(3) "Novísima Historia Universal," II—405.
(4) Lib. cit., 426.
(5) "La muerte y el diablo," P. Gener, tomo I, página 113.

ha de haber posesionado de esos ilotas cuando los labios de Jesús se desfloraron para dar paso a la glorificación de la esclavitud: "Esclavos: sometéos a vuestros dueños generosamente, no solamente a los buenos y a los moderados, sino hasta los malos. Que cada uno permanezca en la condición en que fue hallado. ¿Eres esclavo? No te preocupe. Aun cuando pudieras recobrar la libertad, mantente en la servidumbre" (1). Con estos principios se comprende que Jesús nunca haya prometido a ninguno el advenimiento de la justicia sobre la tierra (2). Esta doctrina es cómoda: ella no comprometía a quien la sustentaba, y, cayendo como una lluvia de bendiciones sobre un auditorio apto para comprenderla, conquistaba prosélitos a granel. Esa es la doctrina de todas las renunciaciones y la moral de todas las impotencias. Aplicándola los pueblos, permanecerían en un *statu quo* desesperante y la humanidad moriría irredenta.

No hacer nada en la tierra por mejorar las imperfecciones de nuestra humanidad, es lo que constituye el fondo de las doctrinas antisociales e inmorales de Jesús. Ignoraba que—como afirma Woodrow Wilson—del seno de la tierra nacen las corrientes de vida y energía para transformarse en renovación gloriosa (3). E ignorando esa fuerza propulsora y su misión terrenal, no alcanzaba a comprender que pudiera realizarse el Paraíso en este suelo y trasportábalo a cielos fabulosos. Aquí había que soportar la esclavitud y no manumitirse aunque la oportunidad de ser libre se presentase, pues esa redención ansiada sólo era lícito gozar en el más allá.... en el cielo. Excusable, hasta cierto punto, habría sido el soportar, con degradante resignación, las miserias de la esclavitud si hubiera estado plena-

(1) "El fin de las religiones," 122.
(2) "El proceso de Jesús," 68.
(3) "La nueva libertad," 75.

mente garantizada la existencia de ese cielo de la libertad; pero.... aquí me asalta la duda de Bartrina:

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

Entonces no se habrá conseguido más que hacer del hombre un ente despreciable, incapacitado para mejorar su triste condición de paria, inhabilitado para toda clase de perfeccionamiento. Y sin el consuelo de gozar de las venturas prometidas en ese cielo azul, que, según Argensola, ni es cielo ni es azul. Malato, que quiere hacer de Jesús un socialista revolucionario—curioso socialista que empieza colocándose fuera de la humanidad; revolucionario *sui géneris* que, para insurreccionar a un pueblo, le predica la más abyecta sumisión,—Malato, digo, vese obligado, pensando en que Jesús ha puesto el asiento de la libertad en el cielo, a confesar que, aplicando esas doctrinas, Espartaco habría terminado por castrarse (1). A esa conclusión tienen que llegar todas las personas que, sin perjuicio, estudien detenidamente la vida y doctrinas antisociales e inmorales de ese loco que, como observa un profundo profesor en la Universidad de Buenos Aires, tuvo la suerte de existir cuando no había alienistas, de vivir sin diagnóstico y de acabar en una cruz en vez de en un manicomio, triunfando así por la conmiseración y no por la fuerza de la razón (2).

* * *

Sintetizo, comentando a la vez, las máximas de la moral inhumana y antisocial de Jesús.

Cuando una moral está en pugna con los mas rudimentarios principios naturales, tiene que estar, lógicamente, en oposición con el sér humano, que es un derivado suyo. El instinto, que es una consecuen-

(1) "Revolución cristiana y revolución social," 29.
(2) "Italia," Ingegnieros, 229.

cia directa de la Naturaleza, tiende a la conservación, tanto individual como colectiva, buscando el bienestar y perfeccionamiento propio y el de los demás; y Jesús nulifica al individuo al exigirle que renuncie su personalidad en aras de él, lo que es doblemente inmoral, pues deja incapacitado al individuo y mata su iniciativa, a la vez que da forma a un personalismo grosero con sus ribetes sodomitas. Ataca a la conservación de la especie humana al aconsejar a los hombres se hagan eunucos y al glorificar a las mujeres estériles, lo que está en contradicción con la frase del Génesis (1), que ordena multiplicarse, y sin que para ello le guíe la tendencia económica que indujo a Malthus a prevenir el aumento de la población.

Hace abstracción del odio, cuando el odio es una forma del amor. Amar a los enemigos no se compadece con la condición humana; es ir contra el instinto conservador, que manda resistir al mal y odiar a los que hacen daño. Quien ame la libertad, tiene que odiar a la opresión dondequiera que la encuentre; quien ame la justicia, tiene que odiar las iniquidades, y quien ame a los que le hacen bien, tiene que odiar a los que le dañan. El odio es privilegio de toda obra redentora y patrimonio de todos los libertadores. El idio es moral: constituye una virtud. Zolá dice: "Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa:" Kropotkine, por su parte, ha escrito: "amar es odiar, porque sólo saben amar los que odiar saben."

Proscribir el divorcio era restringir la libertad, condenar a los cónyuges que hubieran dejado de amarse a una vida infernal, en la que tendrían los hijos un ejemplo nocivo, a más de ser las víctimas propiciatorias de las reyertas de sus genitores. Y, concedido el divorcio por adulterio, pero dejando siempre la unión maldita, no se habrá conseguido

(1) Capítulo 1, versículo 28.

más que arrojar a la mujer y al hombre en brazos de la prostitución para satisfacer una necesidad fisiológica, o a que la abstinencia trastornara todo su sistema nervioso y los volviese histéricos, neurasténicos, hipocondríacos, para ir a acabar en la locura o en el suicidio (1).

Obligando a vivir bajo un mismo techo a un matrimonio que se odia, o separarlo, pero negándoles el derecho para formar nuevos hogares, no se comprendía la función que toca desempeñar a los sexos y en cada caso se cometía un acto inmoral.

Sacarse los ojos para no ver la belleza corporal, cortarse las manos para no acariciar las hieráticas morbideces de la mujer amada y mutilarse para no realizar el acto más trascendental de la vida, era tanto como enfrentarse a la Naturaleza y gritarle: "Cuanto me has dado para gozar de la vida, para poder vivir y para renovarme dando vida a nuevos seres, no lo necesito; errada has andado al darme ojos, manos y miembros genitales, porque sólo son accesorios infames que pueden hacerme perder el reino de los cielos, y que yo, como anhelo gozar por una eternidad, te los arrojo a la cara."

Dejarse abofetear y despojar es doloroso, pues revela falta de virilidad y una ausencia desesperante de carácter, además de poner en condiciones de que los más audaces se entronicen con fines perversos. Practicando esa máxima antisocial e inhumana, establecidas habrían quedado la cobardía y el robo como virtudes.

Quitar a los que no tienen para dar a los que tienen, es inmoral y es inhumano (2). Sería como ir

(1) "Efectivamente: ¿en qué se ha de convertir el líquido precioso que nos dió la Naturaleza para propagar el género humano? Si lo prodigamos indiscretamente, puede matarnos; si lo retenemos, también nos puede causar la muerte." Voltaire, "Diccionario Filosófico." V. **Onán, Onanismo.**

(2) "A cualquiera que tiene se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado." Mateo, capítulo 13, versículo 12.

a quitar al proletario la parte miserable que ha salvado de la avaricia burguesa para dárselo a esa misma burguesía: era entregar al proletario en cueros para que, aun así, fuera explotado y espoleado; es decir, se establecía la esclavitud de los romanos y el ilotismo de Esparta.

Dejar insepultos a los muertos, no preocuparse por vestido y alimento, pedir limosna antes que trabajar, fomentar la ignorancia de manera que no se entienda para lograr así una congestión de doctrinas en el cerebro de las chusmas ignaras, coger los vestidos de los amigos para montura y alfombra, secar una planta porque no tiene fruto en invierno, dejar a los amigos abandonados a sus propias fuerzas en la cárcel y coger máximas ajenas para presentarlas como propias, es todo ello de una inmoralidad brutal y revela que se está ante un degenerado lombrosiano o uno de los "los exhombres" de Gorki.

* * *

Englobo la moral de Jesús.

El amor a un Dios que solamente él conoce lo absorbe todo; la recompensa en el cielo es el premio a la virtud terrestre, y el castigo al mal el infierno, adonde será el *lloro y el crujir de los dientes*, para emplear la frase favorita del evangelista Mateo.

Un sistema religioso se funda así, con sus ribetes, naturalmente, de moral. Y allí estriba el grande error de Jesús como moralista. Subordinó lo que es inherente a la existencia humana, a causas extrañas. Olvidó, como afirma Sales y Ferré, que la moral es primero que la religión. Así desvirtuó la moral, haciéndola aparecer como un efecto originado por el amor al cielo o el temor al infierno. Y allí radica lo inhumano de su ética, pues en vez de seguir a la Naturaleza para desentrañar de allí su sistema moral, consagróse a violarla, confundiéndola ciegamente con preceptos y prácticas religio-

sas. Cuando la moral—como afirma Heine—es independiente del dogma y de la legislación, es el producto puro del sentimiento instintivo del hombre, y por eso la verdadera moral, esa razón del corazón, ha existido y existirá siempre, aun cuando perecieran el Estado y la Iglesia (1).

Schopenhaüer (2) y Stuart Mill (3) están acordes en que la religión de los griegos tocaba incidentalmente la cuestión moral, quedando casi independiente la moralidad social de la cuestión religiosa, y convienen en que la generalidad de los griegos no fue moralmente inferior a los hombres de los siglos cristianos. Mendieta corrobora esta observación, refiriéndonos la poca religiosidad de los habitantes de Tegucigalpa y de Honduras, y que, sin embargo, no carecen de moralidad (4). Pudo también decir que la ley es letra muerta en Centroamérica; que los encargados de velar por su cumplimiento son los únicos que tienen el derecho de violarla, y que, a pesar de eso, hay moralidad social. Huimanguillo, y esta es observación propia, es el pueblo más antirreligioso de Tabasco, y tanto, que sus habitantes son conocidos con el mote de *matacuras*, y ese pueblo es el más viril y moral de los de ese bello Estado.

Littré—citado por Naquet (5)—dice que existen gérmenes morales que son inherentes a nuestra constitución cerebral y que se desarrollan de época en época, formando el tipo progresivo de la moralidad.

Diderot, con su lógica irresistible, conviene en que hay una moral universal que jamás puede tener por base las opiniones religiosas, tan variables desde su aparición en la tierra. Dice que los griegos y los romanos tenían dioses malvados: que los europeos adoran a un dios que es un monstruo de maldad o un fenómeno de bondad, según el criterio de cada creyente; que el adorador estúpido del fetiche adora más bien a un diablo que a un dios, y que, sin embargo, todos han tenido y tienen las mismas ideas de la justicia, la conmiseración, la amistad, la fidelidad, la ingratitud y, en una palabra, todos los vicios y todas las virtudes. Por lo que opina que hay que buscar el origen de esa unanimidad de juicios, tan constante y tan general, en medio de opiniones religiosas tan contradictorias y fugaces, en una causa física, firme y eterna, que, sin duda, está en el hombre mismo en la semejanza que motiva los mismos deseos, los mismos placeres, las mismas penas, la misma fuerza y la misma debilidad; porque allí es donde realmente existe el origen de las relaciones particulares y de las virtudes domésticas, y la noción de una utilidad individual y colectiva (1).

(1) "De la Alemania," II.—202.
(2) "El amor, las mujeres y la muerte," 182.
(3) "Estudios sobre la religión," 70.
(4) "Las enfermedades de Centroamérica," 225.
(5) "La Humanidad y la Patria," 124.

* * *

Jamás preocupó a Jesús el problema social y siempre esquivó el político. Ya hemos visto sus doctrinas plagadas de inmoralidades, y ahora tócame examinarlas desde el punto de vista políticosocial. Diríase, oyendo a Jesús, que es un instrumento de la burguesía para inculcar en los proletarios la resignación más odiosa y llevar a sus almas, agobiadas por la miseria, el convencimiento de que toda idea de resistencia es inútil y de que está reprobada por Dios.

En la actualidad, los llamados socialistas cristianos rinden parias a esas doctrinas suprimiendo las huelgas....

Las máximas antisociales de Jesús parecen brotadas de la boca de un lacayo atacado de hidrofobia aduladora. Ellas no constituyen un sistema: están llenas de errores científicos y plagadas de contra-

(1) "Obras filosóficas," 181.

dicciones; carecen de una finalidad política y ni siquiera dejan adivinar una tendencia social. Están fuera del mundo y la humanidad nada tiene que ver con ellas. Su personalismo egoísta y voluntarioso es el centro adonde convergen todas sus enseñanzas. Un arcaísmo grosero se pone de manifiesto en sus prédicas. Su moral, si es que puede dársele este nombre, está en flagrante contradicción con las leyes más rudimentarias de la Naturaleza. "La moral humana—asienta Dide—descansa sobre el conocimiento de la humanidad y en la creencia de su duración. Puede ser buena o mala, insuficiente o peligrosa, según que las relaciones humanas y su correlación hayan sido bien o mal observadas y en su estudio se haya procedido con desinterés, sin egoísmo y sin exaltación de mente" (1). Y la ética de Jesús deprime y escarnece la vida (2), pisotea la dignidad del hombre, desprecia las cosas terrenales, sanciona la mendicidad, enaltece la vagancia, contradice la ciencia, se pone en pugna con la razón; y con sus pretensiones de un reinado en otro mundo extravía el criterio.

"La moral—declara Negri—se identifica con lo útil social, y el deber consiste, no en descubrir lo útil del individuo, sino en armonizarlo y subordinarlo a lo útil del gran cuerpo social de que forma parte. Nosotros, hombres modernos, nos formamos de la ciencia, del valor de las cosas del mundo, una idea completamente distinta de la profesada por Jesús. Él quería hacer de los hombres una cadena de mendigos extáticos y nosotros una serie de trabajadores enérgicos: el fin del mundo hallábase, para él, fuera y más allá del mundo mismo, y para nosotros el mundo lleva en sí mismo su fin, o por mejor decir, lo encontrará en el resultado de la propia evolución; vituperarle era para él lo que para nosotros es preciso, porque es lo que produce nuestro perfeccionamiento y el de los demás" (1). Así esquiva la política y desconoce la cuestión social, bien que esto pudiera tener como atenuante su desconocimiento del mundo, su crasa ignorancia de la historia y lo pobre de sus conocimientos colindantes con el analfabetismo. Así comete la inconsecuencia de no colocar la vida en la vida, sino en el más allá—en la nada,—quitando a la vida su centro de gravedad. Destruye, con la mentira de la inmortalidad personal, toda razón, toda naturaleza en el instinto; todo lo que haya en los instintos de bienhechor, de vital, a la vez que siembra la desconfianza en cuanto promete en lo porvenir. Hace vivir de manera que ya no se tenga razón de vivir, y entonces de nada sirve en el espíritu público el agradecimiento por los orígenes y los antepasados, y nada el tener confianza, el colaborar por el bien general y animarlo (2). Esa es la doctrina de todas las renunciaciones: la moral de la impotencia.

(1) "El fin de las religiones," 85.
(2) "Italia." Ingegnieros. 226.

Si despreció la patria, la familia, la riqueza y la tierra, no fue porque así se lo dictase tal o cual idea social o política, sino por la creencia de que el mundo terminaría muy pronto y él bajaría entonces entre nubes teñidas de oro y grana (3) a presidir el gran juicio final, seleccionando a los suyos de entre los demás para llevarlos a colonizar ese otro mundo donde estaba su reino sin súbditos, que puede figurar junto a "Las mil y una noches," en la bibliografía de las ficciones.

Caen en un gran error los escritores que presentan a Jesús como una especie de doctrinario del socialismo. del comunismo, del colectivismo. Es la concepción fantástica y milagrosa de la *Perusia,* de ese pronto descendimiento de Jesús entre nubes, y no de una teoría económica y social, de donde procede el

(1) "La crisis religiosa." 127 y 128.
(2) "El Anticristo." Nietzsche. 114.
(3) Lucas 21—27.

consejo que da Jesús para que se despojen de sus bienes, consejo puesto en práctica por las primeras multitudes cristianas y no conseguido por los cristianos de nuestros días. Jesús no concibe la humanidad duradera. No es ni moralista, ni economista, ni anarquista: es un alucinado, un místico que tiene ante los ojos el cielo abierto y no piensa más que en el fin del mundo. Habla únicamente para contemporáneos destinados a desaparecer próxima y milagrosamente de la tierra (1).

"Realmente, el socialismo y el cristianismo forman un binomio de términos semejantes, pero de finalidad absolutamente diversa. Son semejantes, aunque no idénticos, sus términos o supuestos de una igualdad universal; pero son absolutamente distintas la razón y la finalidad de su realización."

"La diferencia, pues, entre ambas doctrinas, es precisamente lo que separa lo humano de lo divino, la que existe entre un negocio de este mundo y un orden de hechos sobrenaturales. La propiedad incondicionada de los bienes, y la desigualdad económica, no son, según el Maestro de Nazaret, una injusticia en el moderno sentido del vocablo, ni una injuria con el concepto romano de la palabra, sino una contradicción, una culpa del alma destinada a la perfección. La igualdad que había de sustituir a esta condición culpable, debía ser un estado de hecho, no de derecho, que se alcanzase y asegurase por la simple virtud de la persuasión y con la única sanción de la fe, sanción que explica sus motivos determinantes merced a los premios y penas reservados por una justicia ultramundana."

"La propiedad individual y la desigualdad económica, por el contrario, son, en los fundamentos del programa socialista, un despojo y una injusticia que deben ser reemplazados por una condición de derecho y no de hecho, por una condición cons-

(1) "El fin de las religiones," 119.

titucionalmente diversa, fundada en la asociación de todos los medios de riqueza, disciplinada por la voluntad y sancionada por el poder coercitivo del Estado. Este es, pues, el estado socialista del colectivismo moderno, que se contrapone y no se compadece con el individuo socialista del cristianismo primitivo."

"Sólo en un punto tienen el socialismo y el cristianismo relación de afinidad: en la parte negativa y popular de su doctrina, es decir, en la crítica fácil y sincera de las desigualdades y las injusticias sociales; pero dejan de tenerla en la parte reconstructiva, en los motivos y los medios de aplicar aquellos cuidados y recursos que exigen los males de la sociedad. De aquí que, en la propaganda contra estos males, el cristianismo y el socialismo presenten formas accidentales de semejanza; pero no de identidad" (1).

Pero si todo lo expuesto no fuese suficiente para demostrar que Jesús no fue ni moralista ni socialista, bástame terminar recordando que solía decir: *"Vosotros sois de abajo y yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo y yo no soy de este mundo"* (2), frase que Federico Engels parece interpretar a conciencia cuando deslinda, con toda precisión, al cristianismo del socialismo, diciendo: "Jesús transporta la liberación de la pobreza y la miseria en el más allá, en una vida después de la muerte en el cielo; nosotros la colocamos en este mundo en una transformación de la sociedad" (3).

---

(1) "El proceso de Jesús," Rosadi, páginas 54, 57, 58 y 59.
(2) Juan, capítulo 8, versículo 23.
(3) "El socialismo y la religión," 5.

BIBLIOTECA

Acción Mundial

Ciencias,
Artes,
Literatura,
Filosofía

MÉXICO

END OF
TITLE